

*Buenos
Días,
Espíritu
Santo*

BENNY HINN



REVISED
16:41, 22 abr 09

REVISED
16:57, 22 abr 09



Publicado por Editorial
Unilit Miami, Fl. U.S.A
© Derechos reservados

Primera edición 1990
Traducido al español por: Priscila M. Patacsil

© 1990 por Benny Hinn
Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro
puede ser reproducida, excepto en pequeñas anotaciones para
reparo, sin el permiso escrito del autor.

Publicado originalmente en inglés con el título:
"Good Morníng, Holy Spirit" Tilomas Nelson
Publishers, Nashville, Tennessee

Citas bíblicas tomadas de la Santa Biblia, Revisión 1960,
© Sociedades Bíblicas en América Latina
Usada con permiso
Otras citas marcadas VA son tomadas de la
Revisión de 1909

Printed in Colombia.
Impreso en Colombia.

ISBN 1-56063-081-7
Producto 498414

Dedicatoria

A la persona del Espíritu Santo
quien es la única razón de mi existencia

y
a mis hijas, Jessica y Natasha,
quienes, si el Señor tardara,
llevarán este mensaje a su generación

Contenido

1	"¿Puedo conocerte realmente?"	9
2	Desde Jaffa hasta lo último de la tierra	
3	"Tradicción, tradición"	39
4	De persona <i>a</i> persona	53
5	"¿Qué voz escuchas tú?"	67
6	Espíritu, alma y cuerpo	81
7	Viento para tu barco	93
8	Una entrada poderosa	107
9	Lugar para el Espíritu	123
10	"Tan cerca como tu aliento"	135
11	"¿Por qué estás llorando?"	145
12	El cielo en la tierra	159

Reconocimientos

Agradezco a Neil Eskelin por su consulta y trabajo editorial en la preparación de este manuscrito.

También deseo darle las gracias a mi amorosa madre por sus oraciones y a Sheryl Palmquist, Chris Hinn, Nancy Pritchard, Sammy Hinn, Gene Polino, y el personal del Centro Cristiano de Orlando por su ayuda con este proyecto.

Mi gratitud especial a mi querida esposa, Suzanne, por su amor y apoyo continuo.

***"¿Puedo
conocerte
realmente?"***

Tres días antes de la Navidad de 1973. El sol todavía estaba saliendo en aquella mañana fría y nebulosa de Toronto.

De repente El estaba allí. El Espíritu Santo entró en mi cuarto. El era tan real para mí aquella mañana como lo es para usted el libro que tiene en sus manos.

En las ocho horas siguientes, tuve una experiencia increíble con el Espíritu Santo. Cambió el curso de mi vida. Lágrimas de asombro y gozo rodaron por mis mejillas al abrir las Escrituras, y El me dio las respuestas a mis preguntas.

Parecía que mi cuarto se había elevado al hemisferio del cielo. Y yo quería quedarme allí para siempre. Había acabado de cumplir veintiún años, y esta visitación fue el mejor regalo de cumpleaños o Navidad que jamás yo haya recibido.

Al final del pasillo estaban mi mamá y mi papá. Ellos posiblemente nunca entenderían lo que le estaba pasando a su Benny. En realidad, si ellos hubieran sabido lo que yo estaba experimentando, podría haber sido el punto de rompimiento de una familia que ya estaba al borde de

desmoronarse. Por casi dos años —desde el día que yo le di mi vida a Jesús— no había comunicación entre mis padres y yo. Era horrible. Como el hijo de una familia inmigrante de Israel, yo había humillado la familia rompiendo la tradición. Ninguna otra cosa en mi vida había sido tan devastadora.

En mi cuarto, sin embargo, había puro gozo. Sí, era inefable. Sí, ¡estaba lleno de gloria! Si se me hubiera dicho sólo cuarenta y ocho horas antes lo que estaba a punto de pasarme, yo habría dicho: "De ninguna manera". Pero desde ese mismo momento, el Espíritu Santo se hizo vida en mí. Ya El no era la lejana "tercera persona" de la Trinidad. El era real. Tenía personalidad.

Y ahora yo lo quiero compartir contigo.

Mi amigo, si estás listo para comenzar una relación personal con el Espíritu Santo que sobrepasa todo lo que has soñado posible, continúa leyendo. Si no, déjame sugerirte que cierres la cubierta de este libro para siempre. Así es. ¡Cierra el libro! Porque lo que estoy a punto de compartir transformará tu vida espiritual.

De^ repente te sucederá a ti. Puede que sea cuando estés leyendo. Quizás cuando estés orando. O cuando vayas de camino a tu trabajo. El Espíritu Santo va a responder a tu invitación. El va a llegar a ser tu amigo más íntimo, tu guía, tu consolador, el compañero de toda tu vida. Y cuando tú y El se encuentren, dirás: "¡Benny! ¡Déjame decirte lo que el Espíritu ha estado haciendo en mi vida!"

EL PODER DE DIOS REVELADO

Una noche corta en Pittsburgh

Un amigo mío, Jim Poynter, me había pedido que fuera con él en un ómnibus fletado a Pittsburgh, Pensilvania. Había conocido a este ministro metodista libre en la iglesia que yo asistía. El grupo iba a una reunión de una evangelista que sanaba, Kathryn Kuhlman.

Sinceramente, sabía muy poco de su ministerio. Yo la había visto en televisión, y ella me había disgustado totalmente. Pensé que hablaba gracioso y lucía un poco extraña. Así que no estaba lleno de expectación.

Pero Jim era mi amigo, y yo no quería defraudarlo.

En el ómnibus le dije a Jim: "Jim tú jamás sabrás el mal rato que tuve con mi padre sobre este viaje". Después de mi conversión, mis padres hicieron todo lo que pudieron para que yo no fuera a la iglesia. ¿Y ahora un viaje a Pittsburgh? Estaba fuera de la posibilidad, pero refunfuñando me dieron permiso.

Salimos de Pittsburgh el jueves a media mañana. Y lo que pudo haber sido un viaje de siete horas se tardó más por una abrupta tormenta de nieve. No llegamos a nuestro hotel hasta la una de la mañana.

Entonces Jim dijo: "Benny, tenemos que levantarnos a las cinco".

"¿Cinco de esta mañana?" pregunté yo. "¿Para qué?"

El me dijo que si no estábamos a las puertas del edificio para la seis, no conseguiríamos asiento.

Bueno, yo no lo podía creer. ¿Quién ha oído jamás de estar parado en el frío helado antes de salir el sol para ir a la iglesia? Pero él dijo que eso era lo que teníamos que hacer.

El frío era glacial. A las cinco me levanté y me puse toda la ropa que pude encontrar: botas, guantes. Parecía un esquimal.

Llegamos a la Primera Iglesia Presbiteriana, en el centro de Pittsburgh, mientras todavía estaba oscuro. Pero lo que me asombró fue que cientos de personas ya estaban allí. Y las puertas no se abrían hasta dos horas más tarde.

Ser pequeño tiene algunas ventajas. Yo comencé a abrirme paso más y más hacia las puertas —y halando a Jim detrás de mí. Aun había gente durmiendo en los escalones del frente. Una mujer me dijo, "Ellos han estado aquí toda la noche. Es así cada semana".

Cuando estaba parado allí, de repente comencé a vibrar —como si alguien hubiera agarrado mi cuerpo y comenzado a sacudirlo.

Por un momento pensé que el frío glacial me había

invadido. Pero yo estaba vestido con ropas dobles, y ciertamente no sentía frío. Un sacudimiento incontrolable vino sobre mí.

Nunca antes nada como eso me había pasado. Y yo no paraba. Estaba demasiado avergonzado para decírselo a Jim, pero yo podía sentir mis huesos crujiendo. Lo sentía en mis rodillas. En mi boca. "*¿Qué me estaba pasando!* —me preguntaba—. *¿Es éste el poder de Dios?*" Yo no entendía.

Corriendo a través de la iglesia

Para entonces las puertas estaban a punto de abrirse, y la multitud presionaba hacia adelante hasta que apenas yo podía moverme. Aún la vibración no paraba.

Jim me dijo: "Benny, cuando esas puertas se abran, corre tan rápido como puedas".

"¿Por qué?" pregunté.

"Si no corres, ellos correrán sobre ti". El había estado allí antes y sabía qué esperar.

Bueno, nunca pensé que estaría en una carrera yendo a la iglesia, pero allí estaba yo. Y cuando aquellas puertas se abrieron, salí como un corredor olímpico. Pasé a todo el mundo: mujeres ancianas, hombres jóvenes, a todos ellos. De hecho, llegué a la fila del frente y traté de sentarme. Un ujier me dijo que la primera fila estaba reservada. Más tarde supe que el personal de la señorita Kuhlman escogía las personas que se sentaban al frente. Ella era tan sensible al Espíritu que quería sólo los que la apoyaban con oración positiva al frente de ella.

Con mi problema de tartamudo severo, sabía que sería en vano discutir con el ujier. La segunda fila ya estaba llena, pero Jim y yo encontramos lugar en la tercera fila.

Pasaría otra hora en lo que comenzaba el servicio, así que me quité mi abrigo, mis guantes, y mis botas. Mientras descansaba, me di cuenta de que estaba temblando más que al principio. No paraba. Las vibraciones iban a través de mis brazos y piernas como si yo estuviera conectado a alguna clase de máquina. La experiencia era extraña para mí. Para ser sincero, yo estaba asustado.

Mientras tocaban el órgano, todo lo que yo podía pensar era en el temblor de mi cuerpo. No era una sensación de "enfermedad". No era como si yo estuviera contrayendo un catarro o virus. De hecho, mientras seguía, más hermoso era. Era una sensación rara que no parecía física del todo.

En ese momento, casi de ninguna parte, apareció Kathryn Kuhlman. En un instante, la atmósfera de ese edificio se cargó. Yo no sabía qué esperar. Yo no sentía nada alrededor de mí. Ni voces. Ni ángeles celestiales cantando. Nada. Todo lo que sabía era que había estado temblando por tres horas.

Luego, al comenzar los cantos, me hallé a mí mismo haciendo algo que nunca lo esperé. Yo estaba en pie. Mis manos estaban levantadas, y lágrimas corrían por mis mejillas mientras cantábamos "Cuan grande es El".

Era como si yo hubiera explotado. Nunca antes habían salido lágrimas de mis ojos tan rápido. ¡Hablar de éxtasis! Fue un sentimiento de gloria intensa.

Yo no estaba cantando en la forma que normalmente canto en la iglesia. Cantaba con todo mi ser. Y cuando llegamos a las palabras, "Mi corazón entona la canción", literalmente las canté con el alma.

Yo estaba tan absorto en el Espíritu de ese himno, que tomó unos minutos para que me diera cuenta de que mi temblor había parado completamente.

Pero la atmósfera de aquel servicio continuaba. Pensé que yo había sido totalmente arrebatado en un éxtasis. Estaba adorando más allá de todo lo que jamás había experimentado. Era como estar cara a cara con la verdad espiritual pura. No sé si alguien más lo sintió o no, pero yo lo sentí.

En mi joven experiencia cristiana, Dios había tocado mi vida, pero nunca como El me estaba tocando ese día.

Como una ola

Mientras estaba parado allí, adorando al Señor, abrí mis ojos para mirar alrededor, porque súbitamente sentí una corriente. Y yo no sabía de donde venía. Era suave, lenta, como una brisa.

Miré los vitrales en las ventanas. Pero todas estaban cerradas. Y eran demasiado altas para permitir tal corriente.

La brisa rara que sentí, sin embargo, era más como una ola. La sentí bajar en un brazo y subir en el otro. De hecho, la sentía moverse.

¿Qué estaba pasando? ¿Tendría yo alguna vez el valor para decirle a alguien lo que sentía? Pensarían que perdí la razón.

Por lo que pareció diez minutos, las olas de aquel viento continuaron lavándome. Y luego sentí como si alguien hubiera cubierto mi cuerpo con una cubierta pura — una frazada de afecto.

Kathryn comenzó a ministrar a la gente, pero yo estaba tan absorto en el Espíritu que realmente no me importaba. El Señor estaba más cerca de mí de lo que jamás había estado.

Sentí que necesitaba hablar con el Señor, pero todo lo que podía decir era: "Querido Jesús, por favor, ten misericordia de mí". Lo dije otra vez: "Jesús, por favor, ten misericordia de mí".

Me sentí tan indigno.

Me sentí como Isaías cuando entró en la presencia del Señor.

¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos (Isaías 6:5).

La misma cosa pasó cuando la gente vio a Cristo. Inmediatamente vieron su propia suciedad, su necesidad de limpieza.

Eso fue lo que me pasó a mí. Fue como si una luz gigantesca estuviera alumbrando sobre mí. Todo lo que yo podía ver eran mis debilidades, mis faltas y mis pecados.

Una y otra vez decía: "Querido Jesús, por favor, ten misericordia de mí".

Entonces oí una voz que yo sabía tenía que ser el Señor. Era tan gentil, pero era inconfundible. Me dijo: "Mi misericordia es abundante en ti".

Mi vida de oración hasta ese momento era la de un

cristiano promedio. Pero ahora no sólo yo estaba hablando con el Señor. El estaba hablando conmigo. Y ¡oh, qué comunión fue esa!

Poco me daba cuenta de que lo que me estaba pasando en la tercera fila en la Primera Iglesia Presbiteriana de Pittsburgh era sólo la prueba de lo que Dios había planeado para el futuro.

Aquellas palabras sonaron en mis oídos. "Mi misericordia es abundante en ti".

Me senté llorando y gimiendo. No había nada en mi vida que se comparara a lo que yo sentía. Yo estaba tan lleno y transformado por el Espíritu que no me importaba nada más. No me importaba si una bomba nuclear cayera en Pittsburgh y todo el mundo volara. En ese momento sentí lo que la Palabra describe, como "paz... que sobrepasa todo entendimiento" (Filipenses 4:7).

Jim me había hablado de los milagros en las reuniones de la señorita Kuhlman. Pero yo no tenía idea de lo que estaba a punto de ver en las próximas tres horas. Gente sorda, de repente oía. Una mujer se levantó de su silla de ruedas. Había testimonios de sanidad de tumores, artritis, dolores de cabeza, y más. Aun sus críticos más severos han reconocido las sanidades genuinas que ocurrieron en sus reuniones.

El servicio fue largo, pero parecía un momento fugaz. Nunca en mi vida había sido yo tan movido y tocado por el poder de Dios.

¿Por que ella lloraba?

Mientras continuaba el servicio y yo oraba silenciosamente, todo se paró de momento. Yo pensé: "Por favor, Señor, permite que esta reunión nunca termine".

Miré hacia arriba para ver a Kathryn con su cabeza entre las manos al comenzar a sollozar. Ella lloró, y sollozó tan alto que todo se quedó quieto. La música se paró. Los ujieres se quedaron pasmados donde estaban.

Todos tenían sus ojos puestos en ella. Y en cuanto a mí, yo no tenía idea de por qué ella lloraba. Nunca antes había visto a un ministro hacer eso. ¿Por qué ella lloraba?

(Me dijeron más tarde que ella nunca había hecho eso antes, y miembros del personal todavía hoy lo recuerdan).

Continuó por lo que pareció ser como dos minutos. Luego echó su cabeza hacia atrás. Allí estaba ella, a sólo unos cuantos pies en frente de mí. Sus ojos estaban encendidos. Ella estaba *vehemente*.

En aquel instante, con un denuedo que yo nunca antes había visto en ninguna persona, señaló con su dedo hacia el frente con un tremendo poder y emoción —aun dolor. Si el diablo mismo hubiera estado allí, ella lo hubiera echado a un lado con sólo una palmada.

Fue un momento de dimensión increíble. Todavía llorando, ella miró a la audiencia y dijo en intensa agonía: "Por favor". Parecía estirar la palabra, "Po-or f-a-a-vor, *no contristen al Espíritu Santo*".

Ella estaba implorando. Si puedes imaginarte a una madre implorando a un asesino que no le dispare a su bebé, así era. Ella imploró y pidió.

"Por favor", sollozó, "no contristen al Espíritu Santo".

Aun ahora puedo ver sus ojos. Era como si estuvieran mirando directamente hacía mí.

Y cuando lo dijo, uno podía dejar caer un alfiler y oírlo. Yo tenía miedo de respirar. No movía un músculo. Estaba agarrado del banco frente a mí, preguntándome qué pasaría después.

Luego ella dijo: "*¿No entienden? ¡El es todo lo que yo tengo!*"

Yo pensé, ¿"De qué está hablando ella?"

Luego continuó su ruego apasionado, diciendo: "¡Por favor! No lo hieran. El es todo lo que tengo. ¡No hieran a Aquel a quien amo!"

Nunca olvidaré esas palabras. Todavía puedo recordar la intensidad de su respiración cuando ella las dijo.

En mi iglesia, el pastor hablaba del Espíritu Santo. Pero no así. Sus referencias tenían que ver con los dones o lenguas o profecía —no de "El es mi amigo más personal, más íntimo, más amado". Kathryn Kuhlman me estaba hablando acerca de una persona que era más real que tú o yo.

Luego ella señaló con su dedo directamente hacía mí, y dijo con gran claridad: "¡El es más real que ninguna otra cosa en este mundo!"

Yo tengo que tenerlo

Cuando ella me miró y dijo esas palabras, algo literalmente me asió por dentro. Realmente me asió. Yo grité y dije: "Yo tengo que tenerlo".

Francamente, yo pensaba que todo el mundo en aquel servicio se sentiría exactamente en la misma forma que yo me sentía. Pero Dios tiene una forma de tratar con nosotros como individuos, y yo creo que aquel servicio fue para mí.

Por favor entiéndeme, como un cristiano más bien nuevo, yo no podía comenzar a comprender qué estaba pasando en aquel servicio. Pero no podía negar la realidad y el poder que sentí.

Y al concluir el servicio, miré a la mujer evangelista y vi lo que parecía ser una nube alrededor y sobre ella. Al principio pensé que mis ojos me estaban engañando. Pero allí estaba. Y su rostro brillaba como una luz a través de aquella nube.

Yo no creo ni por un momento que Dios estaba tratando de glorificar a la señorita Kuhlman. Pero sí creo que El usó aquel servicio para revelarme Su poder.

Cuando se terminó el servicio, la multitud salió, pero yo no quería moverme. Había llegado corriendo, pero ahora sólo quería sentarme y reflexionar en lo que acababa de pasar.

Lo que yo había sentido en aquel edificio era algo que mi vida personal no me ofrecía. Yo sabía que cuando regresara a mi hogar, la persecución continuaría.

Mi autoestima estaba prácticamente destruida por el impedimento de mi habla. Aun cuando era un niño en los colegios católicos, mi impedimento me dejaba con casi nadie con quien hablar.

Aun cuando llegué a ser cristiano, tuve muy pocos amigos. Todo lo que tenía en la vida era Jesús. Y nada más en la vida tenía mucho significado. Yo no tenía un futuro prometedor. Mi familia prácticamente me había dado la espalda. Oh, yo sé que me amaban, pero mi decisión de

servir a Cristo había creado un abismo que era demasiado profundo.

Me senté allí. Después de todo, ¿quién desea ir al infierno después de haber estado en el cielo?

Pero no había alternativa. El ómnibus estaba esperando y yo tenía que regresar. Me detuve al fondo de la iglesia por un momento más, pensando: "¿Qué quería decir ella?" ¿Qué estaba diciendo cuando habló sobre el Espíritu Santo?"

Durante el viaje de regreso a Toronto continuaba pensando: "Yo no sé lo que ella quiso decir". Aun le pregunté a algunos en el ómnibus. Ellos no me lo podían decir porque tampoco lo entendían.

No es necesario decir, que cuando llegué al hogar, estaba totalmente exhausto. Con falta de dormir, horas en la carretera, y una experiencia espiritual que era como una montaña rusa, mi cuerpo estaba listo para descansar.

Pero no pude dormir. Mi cuerpo estaba cansado hasta los huesos, pero mi espíritu todavía estaba agitado como una serie interminable de volcanes dentro de mí.

CONOCIENDO LA PRESENCIA DE DIOS

¿Quién me está halando?

Mientras descansaba en mi cama, sentí como que alguien me sacaba del colchón y me arrodillaba. Era una sensación rara, pero la sentía tan fuerte que no la podía resistir.

Allí estaba yo, en la oscuridad de aquel cuarto, de rodillas. Dios no había terminado conmigo todavía, y yo respondí a Su guianza.

Yo sabía lo que deseaba decir, pero no sabía claramente cómo decirlo. Lo que deseaba era lo que aquella sierva de Dios en Pittsburgh tenía. Pensé, "Yo deseo lo que tiene Kathryn Kuhlman". Lo deseaba con cada átomo y fibra de mi ser. Tenía hambre de lo que ella estaba hablando —aunque yo no lo entendía.

Sí, yo sabía lo que deseaba decir pero no sabía decirlo. Así que decidí pedirlo en la única forma que yo sabía —en mis propias palabras simples.

Deseaba dirigirme al Espíritu Santo, pero nunca antes lo había hecho. Pensé: "¿Estoy yo haciendo esto correctamente?" Después de todo; nunca había hablado al Espíritu Santo. Nunca pensé que El era una persona a quien uno se podía dirigir. No sabía como empezar la oración, pero yo sabía lo que estaba dentro de mí. Todo lo que deseaba era conocerlo en la forma que ella lo conocía.

Y así fue como oré: "Espíritu Santo, Kathryn Kuhlman dice que tú eres su amigo" —continué des paco—, "yo creo que no te conozco. Aunque hasta hoy, yo pensaba que sí. Pero después de esa reunión me doy cuenta de que no. No creo que te conozco".

Y luego, como un niño, con mis manos alzadas, le pregunté: "¿Puedo conocerte? ¿Realmente puedo conocerlo?"

Me pregunté: "¿Lo que yo estoy diciendo es correcto? ¿Debería yo hablar al Espíritu Santo así?" Luego pensé, "Si soy honesto en esto, Dios me mostrará si estoy bien o mal". Si Kathryn estaba mal, yo quería saberlo.

Después que hablé al Espíritu Santo, nada parecía suceder. Comencé a preguntarme a mí mismo: "¿Hay realmente tal experiencia como conocer al Espíritu Santo? ¿Puede suceder verdaderamente?"

Mis ojos estaban cerrados. Entonces, como por una corriente eléctrica, todo mi cuerpo comenzó a vibrar —exactamente como en las dos horas que esperé para entrar en la iglesia. Era el mismo temblor que había sentido durante la otra hora después que estuve dentro.

Había vuelto, y yo pensé: "Oh, está sucediendo otra vez". Pero ahora no había multitudes. Ni ropa gruesa. Yo estaba en mi cuarto cómodo en mi pijama —vibrando de pies a cabeza.

Tenía temor de abrir los ojos. Ahora era como si todo lo que había pasado en el servicio viniera de nuevo en un momento. Yo estaba temblando, pero al mismo tiempo volvía a sentir esa cubierta cálida del poder de Dios que me envolvía.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

